

— Eudeline, abajo preguntan por usted, hija mía.

Á esta llamada de la vigilante, pronunciada en el alboroto de la sala de trabajo, todas las cabezas de trenzas retorcidas y de matices variados inclinadas sobre los aparatos se levantaron con el mismo impulso de curiosidad, y mientras Dina, con las manos temblorosas de placer, cerraba de prisa su cajón antes de bajar, oyó murmurar en todas las mesas al rededor de ella: « Los guantes amarillos, los guantes amarillos »... aludiendo á cierta visita célebre en los anales de la oficina central.

¡ Ah! sí, Dina esperaba impaciente al hombre de los guantes claros. El día antes, un telegrama de Lyon le anunció la llegada de Claudio y su visita á la calle de Grenelle aquel mismo día á eso de las cuatro. Su padre estaba mejor, deseaba conocerla ó iría á visitarla en cuanto se restableciera por completo.

La joven esperó en vano hasta las seis y después se decidió á enviar á la calle de Cambón dos letras que no obtuvieron respuesta. Imagínese, pues, la alegría de la pequeña *Cendrillon* al oír que llamaba la vigilante, y su desencanto al encontrar al pie de la escalera, en vez

de la larga y vacilante silueta del lionés, el sombrerillo flexible de Antonín y su traje de dril de la *Belle Jardinière*.

— ¡ Cómo! ¿ Eres tú? dijo con una palidez que se destacaba sobre su blusa negra.

El muchacho, muy cortado y sin saber qué hacer de las manos, balbuceó:

— Es que me voy á Londres el... el... y quería abrazarte... y decirte también que si necesitas dinero... Raimundo, que me había dado pagarés á cambio de sus muebles, ha preferido pagarme en seguida, al contado... Yo no quería, pero él se puso furioso... Y ahora tengo economías y no sé qué hacer con ellas. Mamá no quiere aceptar ya nada de mí para que Raimundo no se enfade, ya que él tiene ahora un editor que le adelanta todo lo que quiere. Así es que he pensado que acaso tú... en fin... ¿ verdad? el... el...

Dina, que estaba absolutamente distraída, dió las gracias á su hermano Tonín. Tampoco ella necesitaba dinero.

— En ese caso, ¿ sabes lo que voy á hacer? dijo el muchacho después de un minuto de reflexión. Voy á devolver al señor Izoard los cinco mil francos que debía nuestro padre por aquella famosa construcción. Supongo que Raimundo no me querrá mal por eso.

— ¡ Oh! no, dijo la hermana siempre distraída.

Después añadió vivamente y con voz conmovida:

— Tonín, te voy á pedir un favor.

Y con sus manitas febriles apretaba la mano de Tonín, dura como una herramienta.

— Vas á ir á la calle de Cambón, número 6... y preguntas allí si el señor Claudio Jacquand está en París.

— ¿Jacquand? ¿El riquísimo senador de Lyon?

— Él no, su hijo.

Antonín hizo con sus gruesos labios un gesto de vacilación.

— Iré donde tú quieras, Didina... Pero, la verdad, me gustaría saber si ese recado que me das tiene algo que ver con... en fin... con... ¿sabes? con lo que causa tanta inquietud á mamá.

Las azules pupilas de la joven se oscurecieron y se fijaron en Tonín con aire resuelto.

— Ciertamente, dijo, hay en esto un secreto que debo guardar á toda costa, porque no es mío solamente;... pero ¿ves esta medalla? — Dina sacó de entre la blusa de trabajo y por el borde blanco del cuello un medallón pendiente de una cadenita; — ella es la causa de todo y ella podría firmar mi novela, porque hay en esto una novela. Pero ¿cómo quieres que haya alguna cosa mala en una obra de la que es autora Nuestra Señora de Fourvière?

— Me voy derecho, querida hermana, á la calle que me dices... dijo el excelente muchacho con su acento picaresco y su divina sonrisa.

En la parte de la calle de Cambón que alegran los jardines del ministerio de Justicia con una ancha toma de aire y de luz, y en la puerta cochera del número 6, donde los Jacquand, padre é hijo, habitaban los pisos bajo y primero, un majestuoso mayordomo hablaba agitadamente en medio de un grupo de criados de delantales blancos y chalecos de punto. Al pasar á su lado, Tonín oyó una frase que le evitó toda pregunta.

— No tenemos aún noticias del señorito Claudio, respondía el imponente *factótum* á un noticiero insinuante

y famélico. El periodista, que estaba tomando notas á medida que le daban las noticias, siguió su interrogatorio:

— ¿Á qué hora debía ser el duelo?

El mayordomo respondió:

— Á las nueve. Son las once y me asombra que no me hayan avisado todavía. El médico del señorito Claudio, el doctor Hurpar, me había promedido, sin embargo...

— ¿Cómo dice usted?... ¿doctor Hurpar?

El noticiero puso un pie sobre un guardarruedas, á un lado de la puerta, á fin de escribir más cómodamente. Antonín se aproximó.

— ¿Se sabe con quién se bate Claudio Jacquand?

— ¿Pero de dónde sale usted? respondió el periodista sin volver la cabeza... Con Wilkie Marqués, hombre.

El pobre Tonín abrió unos ojos extraviados bajo sus cejas de albino.

— ¿Es posible? Wilkie... el... el...

Quería decir: « Wilkie, el amigo de mi hermano; el que está enamorado de Dina... » pero las palabras no respondían jamás á su idea y el periodista que le escuchaba pudo creer que tenía que habérselas con uno de esos agitados, de esos semilocos que arrastra la onda febril de las grandes ciudades.

En dos ó tres ocasiones los coches que volvían ruidosamente la esquina de la calle de Cambon pusieron en movimiento á todos los criados.

— ¡ Ahí está mi telegrama, dijo por fin el mayordomo al ver llegar un empleado del telégrafo con el fatídico papel azul en la mano. Era, en efecto, un despacho de m dico anunciando el resultado fatal del com

bate en ese lenguaje abreviado al que se creen obligados la mayor parte de los que usan el telégrafo, para seguir el uso más que por economía :

« Herida profunda región inguinal derecha interesando arteria femoral. Pronóstico muy grave. Prevenir al padre. Intransportable. »

¡ El hijo de un senador ! ¡ Un joven tan rico !

Se produjo un silencio de consternación que aprovechó el noticiero para copiar el telegrama. En los árboles del jardín de enfrente gritaban lúgubramente las cornejas.

Tonín se volvió á buscar á Dina con el corazón en un puño.

La encontró martirizando el asfalto de la acera con sus paseos de impaciencia y delante de la oficina central, llena de inquietud y de ansiedad y bonita con su abrigo y su sencilla capota.

— Lo sé... lo sé... dijo sin dejarle tiempo para articular su tartamudeo acostumbrado... El telegrama, expedido en Choisy, ha pasado por nosotros... Te estoy esperando para ir á saber dónde se han batido y puesto que no se le puede trasladar, el sitio donde le han dejado.

— Te acompaño, Didina. Tú no puedes ir sola.

— Pero, ¿ y tu viaje ?

— ¡ Bah ! mi viaje...

É hizo ese movimiento de hombros con el que acostumbraba á dejar desdeñosamente para más tarde los asuntos cuando sólo se trataba de él ó de sus intereses.

— Ven, entonces... dijo la joven colgándose nerviosamente de su brazo.

En *Choisy-le-Roy*, primera estación de la línea de Orleáns, no les dieron más que indicaciones muy vagas. El duelo se había verificado al otro lado del Sena, en

el jardín de una propiedad particular. El farmacéutico no sabía nada más sino que no había podido vender la cantidad de percloruro de hierro que le pedían y había tenido que enviar á buscarlo á casa de su colega de *Maisons-Alfort*. Por fin, en un merendero de la orilla del río, donde Tonín, muerto de hambre, consiguió de Dina que entrasen á tomar un bocado, la casualidad cobijada bajo la cofia blanca de una hija del Morbihan que llenaba allí las funciones de ama de cría y de moza de servicio, les procuró todas las noticias de que carecían.

— Figúrense ustedes, les dijo, que hace una hora, en esta misma mesa, cuatro señores que bajaron de un coche descubierto, pidieron un magnífico almuerzo. Venían de Pompadour, ahí enfrente, de casa de Lassus, donde uno de ellos, un pequeñuelo, afeitado como un cura, acababa de pegar un sablazo á uno de sus amigos... Y parecía muy contento de su hazaña el tal pequeño, porque no hacía más que reirse y levantar su vaso para brindar...

Dina no se reía. Muda y estremecida, con los dientes apretados por su inmensa pena, caminaba un momento después apoyada en el brazo de Antonín, que la guiaba y casi la llevaba en vilo. Acababan de pasar el puente de Choisy para tomar la carretera de *Villeneuve-Saint-Georges*, ensombrecida por viejos olmos de Francia y de laderas tapizadas de espeso verdor. Aquí y allá, algunas infiltraciones del Sena formaban en la llanura pequeños lagos, estanques de orillas redondeadas, que se comunicaban entre sí por largos canales, en cuyos bordes crecían como arrodillados inmensos sauces. Unas bandadas primaverales de pájaros de paso revoloteaban

piando por encima de aquellas aguas muertas, que reflejaban un cielo triste y velado. Por detrás de los árboles cruzaban los trenes, y algunos escasos caminantes venían por la carretera hacia París, ansiosos y cansados.

— Lo que me apena, ¿sabes Tonín? suspiró de pronto la joven con acento de desesperación, es que todo viene de mí, que soy yo la causa de esta horrible desgracia.

El muchacho la miró espantado.

— ¿Tú, Dina?

— Sí, yo... Hace dos horas que estoy poniendo en prensa mi imaginación, y lo que nos ha contado esa criada sobre la alegría de aquel bandido ha acabado por darme luz. Ahora lo comprendo, lo veo todo, y vas a comprenderlo tú también.

Y en algunas frases precisas y rápidas, con esa intuición adivinadora que la pasión da á las mujeres, Dina explicó toda la combinación de Wilkie para impedir su matrimonio. La había pedido á su madre para dentro de un año ó de diez y ocho meses para hacer así imposible todo paso de Claudio, sin perjuicio de encontrar después mil medios para desembarazarse de su compromiso. Solamente que su matrimonio con Claudio lo había hecho un milagro y Wilkie no podía saberlo. Aquel hombre no podía saber que la repentina connivencia de dos seres que no se habían visto nunca, que aquellos juramentos cambiados en una noche de baile, eran obra de una intervención superior y divina, la de Nuestra Señora de Fourvière, cuya imagen no abandonaba nunca á la joven, la pequeña idólatra, como la llamaba Izoard. ¿Qué podía, pues, prevalecer contra una fuerza semejante? Entonces, viendo el lazo descubierto y sólo

posible la venganza, el miserable se había acordado de que en dos ó tres lances había tenido la mano siniestramente dichosa. Esta vez su adversario había sido el ser más inofensivo y más dulce, un alma valiente, pero seria, á la que una espada ó una pistola hacían sonreír como juguetes de niño, peligrosos y estúpidos.

— ¡Su pobre Claudio! Le parecía estarle oyendo decir á sus padrinos con una sonrisa de indulgencia y de piedad: « Pero, verdaderamente, ¿ creen ustedes necesario que me bata? » Y se le figuraba aquella misma mañana, en Pompadour, dirigiendo la postrera mirada al camino que ella recorría, antes de entrar en la casa de la que se divisaban los techos rojos é irregulares, dominados por las copas de los árboles y por la armazón de un alto columpio.

Después de la fachada blanca de un hotel amueblado, de cortinillas bordadas y guardamalletas rosa, que tenía esta muestra: « Pabellón Pompadour. — Á la soledad de Valenton », se veían en el piso bajo unos vastos salones para bodas y banquetes numerosos, y luego una posada campestre, con sus cuadras, graneros, carros parados y otros desenganchados con la lanza hacia arriba, entre los inmotivados espantos de las gallinas.

Un posadero muy gordo con gorro y traje blancos, un personaje de las antiguas novelas de capa y espada, salió al encuentro de Tonín y de su hermana, en un corredor fresco y enlosado, en cuyo extremo unos vidrios de colores dejaban ver los verdes temblorosos de un jardín.

El hombre hablaba á media voz, en tono afectado y recogido, y repetía desde por la mañana las mismas frases y con el mismo acento:

— ¡Ah! señores, qué espantosa desgracia... Pero ¿quién había de pensarlo? Después del tiempo que hace que el señor Wilkie viene á mi casa en buena compañía y me alquila uno ó dos cuartos, yo, ¿verdad? no podía decirle que no cuando me anunció que iban á batirse en el jardín y me mandó que hiciese barrer la calle del columpio. Envié, pues, al jardinero á preparar la calle y después todo el mundo entró en casa, mi mujer y mis chicos, para no molestar á esos señores... Desgraciadamente había llovido toda la noche y la tierra y la hierba estaban escurridizas, como ustedes pueden ver, hasta el punto de que al cabo de un momento no podían ya batirse en aquel sitio. Entonces abrimos una sala del piso bajo, la más grande, la de quinientos cubiertos, que no se usa casi nunca, y allí se han estado tirando el sable durante unos minutos hasta que el más alto cayó con una herida en el vientre de la que salía un mar de sangre que se ha empapado en el suelo produciendo una gran mancha negra, muy difícil, por cierto, de limpiar.

Durante su relato el hombre del gorro blanco enseñaba á sus visitantes la calle de árboles, muy pisoteada entre el bosquecillo y el columpio, en la que había empezado el duelo.

— ¿Y el herido? ¿dónde está; dónde le han acostado?

Al formular esta pregunta, Dina tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse y para dar firmeza á su voz y á su corazón que estaban á punto de desfallecer.

— ¿El herido, señora? Está en la sala grande. El doctor no quiso que se le cambiase de sitio y se puso una cama junto al piano. Si la señora y el señor quieren echarle una ojeada, no hay á su lado más que una her-

mana de la Caridad y un médico de Lyon que acompañaba al señor Jacquand en el lance.

Antonín pronunció el nombre de Hurpar.

— Precisamente, dijo el posadero, y ese doctor Hurpar debe ser muy amigo de la familia, porque acaba de alquilar dos habitaciones en Pompadour, una para él y otra para el padre del herido, que va á venir.

La pequeña *Cendrillon* cambió de color.

— ¿El padre? ¿El padre va á llegar?

— Dentro de dos horas estará aquí.

Y al hacer esta afirmación el hombre abrió majestuosamente la puerta de su salón de quinientos cubiertos.

Profunda era la impresión que producía aquella inmensa pieza de cerradas persianas. En un lado estaban amontonadas mesas, banquetas y artesonados blancos y dorados, decoración habitual de las fiestas vulgares, y en el otro se veía una cama ensangrentada entre un biombo y el piano, cuya cubierta estaba llena de algodones y de frascos. Aproximándose, se distinguía en la penumbra una frente pálida, unos párpados pesados y relucientes por el sudor de un sueño febril y, marcando la línea de una barba joven y sedosa, dos labios trémulos y entreabiertos que se agitaban delirando muy bajo y sin cesar. El médico dormitaba en el respaldo de una silla y la blanca toca de una hermana de San Vicente de Paul daba vueltas muy despacio al rededor del lecho al ligero rumor de sus alas y al roce de un enorme rosario.

Cuando la puerta se abrió y se oyeron rumores de voces contenidas, el médico levantó la cabeza y en cuanto vió la fina silueta de la joven, se estremeció como si la conociese y salió prontamente á su encuentro.

— ¿La señorita Eudeline, no es así?

La mirada del médico era de bondad y su voz indicaba claramente la simpatía. Dina, para no romper á llorar, respondió con un movimiento de cabeza.

El médico continuó :

— Está vivo, señorita, está vivo; pero desde las nueve de la mañana, cuando cayó aquí mismo — y enseñaba la mancha sombría empapada en el suelo — no ha recordado el conocimiento. Ni un movimiento, ni una mirada. Acaso si usted tratara de hacerse comprender. Sé lo que usted era para él. Anoche, á última hora, cuando salí de su cuarto, estaba escribiendo á usted, sin duda un adiós para el caso de alguna desgracia. No envió la carta; se lo habrá impedido alguna superstición, de las que los lioneses estamos llenos.

La joven dejó hablar solo al doctor, se aproximó á la cama, toda temblorosa, cogió de la sábana una larga mano inerte y pálida, que relucía, que abrasaba, é inclinada sobre la cara del herido, dijo muy bajo y casi tocándole con sus labios :

— Claudio, soy yo... Estoy aquí, apoyada en su corazón de usted... Abra, por Dios, los ojos y responda á su amiga.

Hubo en el herido como un impulso, como un esfuerzo de todo su ser para levantar un poco los párpados por toda señal de sensibilidad. Pero apenas pudo conseguirlo y su mirada sin vida se veló de nuevo en cuanto hubo aparecido en las pupilas un ligero destello, corto y vacilante. Esta vez las lágrimas de desesperación que la pobre muchacha estaba conteniendo desde por la mañana brotaron á mares sobre la mano calenturienta del herido y se mezclaron con el sudor de su agonía. Dina se desplomó junto á la cama desde toda la

altura de su hermoso sueño, ante lo poco que de él quedaba.

Mientras la pequeña *Cendrillon* se desolaba de rodillas en aquella siniestra posada de los alrededores de París, en la *Lámpara maravillosa*, en la que una puesta de sol lluviosa y amarillenta hacía relucir los estantes barnizados y las lámparas del escaparate, la viuda de Eudeline estaba inquieta por su hija y espiaba con angustia la hora de su vuelta en el reloj del Instituto. Á su lado estaban los libros del gabinete de lectura que ella abría y cerraba con mano distraída dejando los anteojos como señal en las páginas. Á cada momento se asomaba á la calle.

— ¡Cómo tarda Dina, Dios mío!

Las muchachas de la escuela municipal desfilaron haciendo sonar los tacones y llevando debajo del brazo una cartera de dibujo que recordaba la de la pequeña. Solamente, Didina era más seria en la calle y su gesto sabía contener á las personas á cierta distancia cuando hacía falta.

Dejando vagar así su espíritu á la ventura, la viuda de Eudeline no hacía más que ensombrecer sus ideas y aburrirse; volvió, pues, á sus libros, que al menos la consolaban, y se inclinó sobre las *Horas de prisión de la señora Lafarge* y los *Recuerdos de la reina Garde*, una de las musas populares de las que Lamartine fué el poético iniciador.

El timbre de la puerta sonó.

— ¡Dina?

No. La que acababa de entrar era más alta, más tranquila y más lenta y su pálida cabeza se inclinaba como bajo el peso del cabello.

— ¡Cómo! ¿Eres tú?... la *tiita*... Ven, mi querida hija, ven y ponte á mi lado, que yo te vea... No hay ya luz en la tienda.

Y en su alegría al volver á ver y á estrechar contra su corazón á aquella fiel y querida criatura, á la que amaba casi tanto como á sus hijos, la viuda no echó de ver que Geneveva evitaba el mirarla y que sus hermosos ojos grises se apartaban de ella bajo la espesa cortina de sus pestañas. La joven parecía inquieta, sobre todo, cuando se oyó llamar « hija mía », porque esa frase le recordaba la falsa y triste condición de su vida, lo que podía haber sido y lo que era... Le resultaba horrible tener que mentir constantemente, allí y en casa de su padre, para motivar sus ausencias...

Era cierto que podría disponer de un rato por las tardes para pasarlo con la señora de Eudeline, pero en el campo pasan las horas... Después de almorzar, cuando su padre dormía la siesta y daba su vuelta por el jardín, tenía que acompañarle hasta el árbol de la Libertad, y después con escribir alguna carta y coger la labor, sonaba el *Angelus* de la noche en el campanario de Morangis...

— Pero por la noche estoy aquí, objetó la viuda ingenuamente, y estaría siempre segura de encontrarme.

— Sí, lo sé; pero Casta está en París hace unas cuantas semanas...

Geneveva, que no tenía costumbre de mentir, se puso encarnada al invocar la presencia de su amiga, pues no era con Sofia Castagnozoff con quien pasaba las veladas y las noches. Parecía tan verosímil aquella explicación de las largas horas de su ausencia, empleadas en disculir con la rusa en la acera oscura y desierta del *boulevard Montparnasse*, ó en Morangis, mojándose el calzado en

los trigas llenos de rocío y de rayos de luna; eran tan generosos, tan elocuentes, los sueños de aquellas dos discípulas de Tolstoï, que la viuda de Eudeline manifestó así su solo temor :

— Ten cuidado, querida Geneveva... Esas fundaciones de clínicas para los niños sin madre son, sin duda, magníficas; pero á vuestra edad las cabezas son entusiastas y exaltadas... Piensa en tu padre para el que tú eres todo. Aunque él te diga, acariciándose la barba : « Anda, hija mía, eres libre... » tanto te dice su verdadero pensamiento como Dina me dice el suyo cuando yo le pregunto : « ¿Qué tienes, vamos á ver, Didina?... » y ella me responde : « No tengo nada ». Porque sabrás que estamos en las mismas con esa misteriosilla. No hemos adelantado un paso desde el día en que hablaste con ella.

La *tiita* tuvo que tomar á pesar suyo un aire grave.

Aquella conversación acerca de Dina le resultaba insupportable y era una de las causas que le hacían huir de casa de los Eudeline. En primer lugar, se creía indigna de la confianza que le demostraban y la lección de buen comportamiento y de dignidad que querían que diese disimuladamente á la joven le parecía enormemente hipócrita. Pero ¿cómo sustraerse á ella? Su único recurso era el silencio de los culpables ante la tierna queja de la viuda de Eudeline.

— No puedes figurarte, Geneveva, lo desgarrador que es para mí tener á mi hija á mi lado, á mi hijita, que nunca se ha separado de mí; espiar su aliento y el latido de sus venas y pensar : « Tiene algo que yo no sé ». Por la noche, sobre todo, en nuestro cuarto — porque no ha querido ocupar el de Raimundo — resulta terrible.

Algunas veces, á la luz de la lamparilla, la veo inmóvil y con los ojos abiertos. « ¿Duermes, Didina? — No, mamá. — ¿En qué piensas? — En nada. » ¡Oh! esas respuestas que cierran toda conversación con la duda, con la nada... Esa palabra significa tantas cosas...

La *titta* movió la cabeza sonriendo, aunque había en su respuesta una entonación dolorosa y cierta envidia:

— Deje usted, señora Eudeline; no pueden ser muy peligrosos los ensueños á que se abandona una muchacha que siempre ha dormido con su madre á la sombra del romero bendito, de los rosarios y de las medallas.

En esto, la puerta sonó muchas veces seguidas. Pero no era tampoco Dina, sino unos clientes á los que hubo que servir; otro, muy lento de comprensión, al que la viuda tuvo que explicar detenidamente todas las ventajas de sus lámparas sobre las demás de incandescencia; y por último un rubio muy rizado que se precipitó con cara descompuesta.

— ¡Raimundo! exclamó la madre.

Y dejó los armarios en desorden y al parroquiano con la lámpara desarmada en la mano, y se arrojó hacia su hijo.

¿De qué sutiles y sólidos eslabones está formada esa cadena de convencionalismos sociales de la que tratan solamente de desembarazarse los hombres para forjarse otras más molestas? ¿Por qué Raimundo experimentaba tan cruel embarazo siempre que encontraba juntas á su madre y á su querida?

— ¿Ves qué milagro, tener aquí á Genoveva? dijo la viuda á Raimundo para explicarse á sí misma la violencia que adivinaba entre los jóvenes. Y creo que sin la partida de Tonín no hubiera venido. Le ha estado muy

bien empleado; no ha podido despedirse de él. Ya se había marchado, muy enfadado por cierto... ¡Oh! no contigo, *titta*, sino conmigo, el pobre, porque no he querido aceptar su dinero.

Y añadió con orgullo, volviéndose hacia Genoveva: — Confiesa que es hermoso el ver á estos muchachos disputándose el honor de mantener á su madre.

¡Oh, santas torpezas maternas! ¡Qué desconsolada se hubiera puesto la pobre mujer si hubiera podido sospechar la humillación que causaba á su querido hijo hablando delante de Genoveva de aquel dinero que procedía de ella! En efecto, los treinta mil francos que había jurado no tocar estaban ya empezados. El aguijón de la vanidad, la necesidad de afirmar su famoso derecho de primogenitura y, por fin, sus gastos particulares le habían hecho faltar á su juramento. Pero Genoveva no habría jamás el cajón del dinero y el joven se proponía no confesarle nada hasta que un ingreso de librería ó una obra teatral le permitieran restituir el dinero tomado. Así, ¡con qué tono tan brutal y tan duro preguntó á su pobre madre, como para castigarla por su indiscreción:

— ¿Dónde está Dina? ¿No ha vuelto todavía?

— No, hijo mío; debe haberse quedado en la oficina. Algún discurso del Senado ó del Congreso que tendrán que telegrafiar.

Raimundo, que se paseaba nerviosamente á lo largo del almacén se detuvo delante del escritorio donde su madre acababa de sentarse al lado de Genoveva.

— Vengo de su oficina, dijo, y ha salido antes de las doce.

— ¡Antes de las doce!



La pobre madre cayó sollozando en el hombro de Genoveva.

— ¡Cuando yo os decía que esa niña nos ocultaba alguna cosa terrible!

— Terrible es, en efecto, la muerte de Claudio Jacquand, dijo con solemnidad el cabeza de familia.

La viuda de Eudeline repitió sin comprender:

— ¿Claudio Jacquand?...

— Sí, el que Dina destinaba á ser tu yerno... Pues bien, ha muerto ó poco menos.

Y algunas frases rápidas hicieron pasar ante la vista de la madre todo el cuento de hadas de la nueva *Cendrillon*, desde el baile de Negocios extranjeros hasta el duelo trágico que relataban los periódicos con todos sus detalles.

— ¡Oh! el tal Wilkie... dijo al terminar Raimundo, con la involuntaria deferencia que se tiene á su edad por todos los vencedores... Cinco pulgadas de hierro en la ingle, la peritonitis y la muerte: exactamente lo que había prometido.

Á estas palabras, nuevo campanillazo en la puerta y aparición repentina de Dina seguida de Antonín, que hizo á todos una seña de lástima y de bondad discreta mientras la pequeña atravesaba el almacén con la cabeza rígida y sollozando bajo el velo que ocultaba en parte su pálido semblante.

La madre se levantó inmediatamente para reunirse con ella en la trastienda.

— Mamá, yo te ruego... dijo el hermano menor.

— Ya sé, ya sé...

Y al tiempo de pasar al otro lado de los cristales, una melancólica sonrisa plegó la cara gris de la buena mujer.

— ¡He visto tanto... tanto!...

Los hermanos y Genoveva quedaron en conciliábulo al rededor del escritorio, en la semioscuridad de la tienda y sin pensar en encender el alumbrado. Las lamparitas apagadas y tristes daban la idea de una hecatombe de gusanos de luz.

— Pero ¿ha muerto? preguntó Raimundo en voz baja, cuando Tonín terminó el relato de su conmovedora visita á Pompadour.

— No, hasta ahora, murmuró el muchacho; pero acaso no pase de esta noche.

Señalando á la trastienda, donde se oían desgarradores lamentos, el hermano mayor preguntó de nuevo:

— ¿Ha escrito á Dina? ¿Deja algún testamento?

— No lo creo.

Una sonrisa de maldad apareció bajo el bigote rubio de Raimundo. Ciertamente, no le hubiera disgustado ver á su hermana enriquecida por un opulento matrimonio, del que la familia hubiera siempre obtenido ventajas, pero guardaba rencor á aquella niña por su desprecio y su rebeldía para con él. Mientras que la madre y el hermano menor respetaban la voluntad del padre, que designó al hijo primogénito como encargado de sus poderes, Dina había siempre representado en la familia un espíritu de independencia que aquella enorme fortuna hubiera hecho crecer y exasperar. El orgullo de Raimundo triunfaba, pues, bajo la apariencia de vagas palabras de lástima.

— Pero qué oscuro está esto, hijos míos, dijo la viuda de Eudeline saliendo de la trastienda. Antonín se levantó para dar la electricidad. Era cierto que la noche se había echado encima sin que nadie lo advir-

tiese. En un momento el escaparate de la *Lámpara maravillosa* brilló hasta la acera de enfrente, y en el interior, todos aquellos seres — que se amaban sin embargo — sintieron al salir de la sombra la sorpresa y la confusión propias de las personas que se engañan y se ocultan sus pensamientos. Las miradas de todos se evitaron mutuamente por medio del pestañeo y del guiño de ojos á que daba ocasión la repentina claridad de las lámparas eléctricas.

— ¿Y Dina? preguntó Raimundo representando un tierno interés.

La madre, aunque más tranquila ahora que sabía el secreto de su hija, creyó que debía responder con el mismo acento dolorido:

— Está traspasada de pena, la pobre Didina. Se está acostando y os pide que la dispenséis... Yo velaré á su lado, y Tonín, si es que no se va en seguida, tendrá cuidado del almacén hasta la hora de cerrar. ¿Quieres, pequeño?

Si quería, y con entusiasmo, el buen muchacho. Precisamente su equipaje estaba depositado en la estación desde por la mañana y ya no podía marcharse más que por... el... el..., en fin, que le hacían un buen servicio pidiéndole que se quedase.

Y al oírle explicarse confusamente, con sus alegres movimientos de perro y sus pupilas rojas, que iban de uno en otro como para aunar tantos sentimientos contrarios en la sola armonía de la familia, la *tiita*, de corazón maternal, se sintió enternecida.

El mayor de los Eudeline sorprendió sin duda en el bello y pálido semblante de su amiga aquella sonrisa de simpatía y de admiración que había ya excitado sus

celos en otras ocasiones, porque cogió á su hermano por los hombros y le estrechó contra él como para anadarle con su linda cara y su alta estatura.

— Abrázame, Tonín, le dijo, y que tengas mañana un feliz viaje. Yo me voy á trabajar... Necesito ahora doblar mi tarea, pues á más del pan de la casa tengo que ganar el dote de Dina. No tengo la pretensión de darle los quinientos ó seiscientos mil francos de renta que acaba de perder, pero sí abrigo la esperanza de conquistar para ella una honrada medianía que le asegure la felicidad.

Su voz vibraba y su brazo extendido parecía salir garante del porvenir.

— ¡Digo! ¿eh?... decía la viuda de Eudeline á los otros dos, moviendo sus bucles á la inglesa.

Tonín preguntó tímidamente:

— ¿Y yo, Raimundo; me permitirás que te ayude á casar á Dina?

— ¿Por qué no? dijo el hermano mayor rozando con sus labios la frente del pequeño, que se empinaba hasta él al rogarle con tanto candor. Pero, ¿qué puedes tú hacer, pobre muchacho, con el servicio militar, que se aproxima? ¿Cómo te las compondrás para ocuparte de ese dote? Todos los días pienso en este asunto de tu servicio y tengo la intención de pedir una audiencia á Marcos Javel para hablarle del particular.

— ¿De veras has pensado hacerlo así? ¡Ah! ¡Qué bueno eres! Y mientras Antonín lloraba casi al dar las gracias á su hermano, la viuda de Eudeline decía por lo bajo á Genoveva:

— Si mi pobre hombre nos ve desde donde está, debe ser dichoso. Nos ha dado un verdadero jefe de familia.